



Deja tus redes... y sígueme

Día del Seminario

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Domingo V de Cuaresma

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

22 de marzo de 2026



Orientaciones para la celebración del Domingo V de Cuaresma

- El Domingo V de Cuaresma puede celebrarse el Día del Seminario.
- Se toma toda la liturgia del Domingo V de Cuaresma.
- No se dice *Gloria*. Sí se dice el *Credo*.
- Se utilizan ornamentos morados.
- El embolismo propio del domingo se hace en la plegaria eucarística.
- Debe hacerse alusión al Día del Seminario en:
 - la monición de entrada,
 - la homilía,
 - y la oración universal.
- La colecta se destina a las necesidades del seminario diocesano.
- El testimonio vocacional, si lo hubiera, no sustituye la homilía.

Orientaciones para la celebración de la solemnidad de san José, esposo de la B.V. M.

- Se utilizan ornamentos blancos o festivos.
- Se dice *Gloria* y *Credo*.
- Se recomienda resaltar en las moniciones la figura de san José como patrón de los seminarios y modelo de disponibilidad vocacional.
- La colecta se aplica igualmente al seminario.

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

Domingo V de Cuaresma

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: «Me invocaré» (CLN A12), u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (cf. Sal 42,1-2): «Hazme justicia, oh, Dios, defiende mi causa, contra gente sin piedad; sálvame del hombre traidor y malvado, porque tú eres mi Dios y mi fortaleza».

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
estén con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Queridos hermanos:

En este V Domingo de Cuaresma, la Palabra nos recuerda que Dios abre nuestros sepulcros, nos levanta cuando todo parece perdido y nos llama a la vida. Jesús, que hoy se presenta como resurrección y vida, se acerca a nuestras oscuridades, como se

acercó a Lázaro, y nos invita también a nosotros a salir de nosotros mismos y caminar en su luz, libres de nuestras ataduras. Celebramos además el Día del Seminario, con el lema «Deja tus redes... y sígueme». El Señor sigue llamando hoy a algunos jóvenes a dejar sus seguridades y a confiar en él para servir como sacerdotes. Pedimos por nuestros seminaristas, por sus formadores y por las vocaciones que Dios sigue sembrando en su Iglesia.

Que esta eucaristía nos disponga a escuchar la voz de Cristo y a responder con un corazón disponible.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

Tú, que padeciste por nosotros para que sigamos tus huellas: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

Tú, que, cargado con nuestros pecados, subiste al leño para que nosotros, muertos al pecado, vivamos en la justicia: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el acto penitencial, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

*Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.
Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:*

**TE pedimos, Señor Dios nuestro,
que, con tu ayuda, avancemos animosamente
hacia aquel mismo amor
que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte
por la salvación del mundo.**

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Las lecturas de este domingo nos muestran cómo Dios entra en nuestras historias personales para devolvernos a la vida.

Ezequiel describe al Señor levantando a su pueblo de los sepulcros y soplando en él su Espíritu. El salmo recoge el grito del corazón que, desde lo hondo, confía en la misericordia que nunca falla. Pablo anuncia que ese mismo Espíritu puede transformar incluso lo que sentimos muerto por dentro. Y el Evangelio nos lleva hasta Betania, donde Jesús, conmovido, llama a Lázaro por su nombre y lo hace salir de la oscuridad de la muerte a la luz de la vida.

En este Día del Seminario, esta Palabra nos recuerda que también la vocación sacerdotal nace allí donde Cristo devuelve a la vida lo que parecía apagado y libera lo que estaba atado. Abramos el corazón para escuchar.

CLAVES EXEGÉTICAS DE LAS LECTURAS

1. Ezequiel 37,12-14 — Cuando Dios abre lo que el hombre da por cerrado.

Ezequiel habla a un pueblo que se siente muerto por dentro. El exilio ha apagado la esperanza y todo parece un gran sepulcro colectivo. En ese momento de desánimo, el profeta anuncia algo que nadie se espera: Dios mismo abrirá los sepulcros, y no solo los abrirá... sino que sacará al pueblo de allí y volverá a ponerlo en pie.

Es una escena de recreación: el mismo Espíritu que un día dio vida al barro vuelve ahora a soplar sobre un pueblo deshecho.

El mensaje es claro: cuando el corazón humano ya no ve salida, ahí empieza el terreno propio de Dios. La muerte no tiene la última palabra porque Dios sigue creando.

2. Salmo 129 — El grito que nace desde lo más hondo

El salmista no oculta su angustia: habla desde «lo hondo», ese lugar donde el alma se siente atrapada y sin luz. Pero incluso desde ahí —o precisamente desde ahí— surge un grito confiado. El salmo reconoce con realismo que nadie podría mantenerse en pie si Dios llevara cuentas de nuestras faltas.

Y sin embargo, el Señor responde siempre desde la misericordia. Por eso la espera se convierte en vigilancia: como el centinela que aguarda la primera luz, así espera Israel al Señor. La noche no es el final.

El salmo es un puente que conecta con Lázaro: allí donde el ser humano queda hundido, Dios se inclina, escucha y levanta.

3. Romanos 8,8-11 — El Espíritu que transforma lo que parecía perdido

Pablo invita a mirar la vida con la lógica del Espíritu. No habla de carne y espíritu como dos partes del ser humano, sino como dos modos de vivir. Quien vive cerrado sobre sí mismo («según la carne») se asfixia; quien se abre a Dios («según el Espíritu») descubre un horizonte nuevo. Y aquí viene la afirmación decisiva: el mismo Espíritu que resucitó a Jesús habita en nosotros.

No es una metáfora espiritualista. Pablo habla de una transformación real: Dios puede vivificar lo que en nosotros está herido, cansado, muerto. La resurrección no queda relegada al final de los tiempos: empieza ya cuando dejamos que el Espíritu toque las zonas que creíamos sin vida.

4. Juan 11,3-7.17.20-27.33-45 — Un Dios que ama, llora y llama a la vida

En el Evangelio de la resurrección de Lázaro contemplamos el signo más grande del ministerio de Jesús antes de su pasión: un gesto que anticipa quién es él y hacia dónde se dirige su camino.

Jesús tarda en ir a Betania no por desinterés, sino para mostrar que para Dios nunca es tarde, ni siquiera cuando todo parece perdido. En el diálogo con Marta, transforma una esperanza lejana en una certeza presente: él mismo es la resurrección y la vida, la fuente capaz de levantar lo que está muerto por dentro. Sus lágrimas ante la tumba revelan un corazón que siente de verdad el dolor humano, y su voz poderosa —«Lázaro, sal fuera»— atraviesa la oscuridad y trae vida allí donde nadie la esperaba.

Cuando Jesús manda: «Desatadlo», nos recuerda que la comunidad cristiana participa en liberar, acompañar y sostener a quienes el Señor vuelve a poner en pie. Y al final, mientras unos comienzan a creer, otros deciden acabar con él; porque este signo, que devuelve la vida a un amigo, prepara ya la entrega total de Jesús, que dará su propia vida para que todos vivamos para siempre.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Las lecturas de este domingo nos llevan al corazón de la fe: Dios abre sepulcros, escucha el clamor humano, vivifica lo que está muerto y llama por el nombre a cada persona para que camine en la vida. Todo el itinerario de la Palabra apunta hacia ese Dios que no se resigna ante nuestra muerte interior.

1. *Dios actúa donde nosotros ya hemos perdido la esperanza*

Ezequiel anuncia que el Señor mismo entra en las ruinas del pueblo y abre aquello que todos daban por cerrado. La vocación, también la sacerdotal, nace de esa misma acción divina: Dios levanta, recrea y vivifica, acercándose a las pequeñas y grandes muertes de las personas para suscitar esperanza donde parecía imposible.

2. *«Desde lo hondo»: la verdad del corazón humano que clama*

El salmo expresa el grito del que se siente hundido, pero sigue esperando. El sacerdote está llamado a escuchar ese clamor y a ser puen-

te de la misericordia, recordando que del Señor viene la redención abundante. Su vida tiene sentido ahí: en acompañar la noche de las personas hasta que amanece la misericordia de Dios.

3. El Espíritu que vivifica desde dentro

San Pablo anuncia que el mismo Espíritu que resucitó a Jesús habita en nosotros. La vida «según el Espíritu» se aprende en el seminario: libertad interior, discernimiento, docilidad, madurez humana y espiritual. Solo un corazón transformado desde dentro puede ser fecundo en el ministerio.

4. Lázaro: icono de toda vocación rescatada

El Evangelio nos muestra a un Jesús que ama, llora, se conmueve y actúa: llama a Lázaro por su nombre, rompe su oscuridad, desata sus vendas y lo pone en camino. Así actúa también en cada vocación: llama, libera, ilumina y convierte la fragilidad en el lugar de su gloria.

La llamada «Deja tus redes... y sígueme» es la misma voz que dijo: «Lázaro, sal fuera»: una invitación a salir de miedos, comodidades, «redes» que atan y oscuridades que paralizan.

5. El sacerdote, servidor de la vida que vence a la muerte

El presbítero, configurado con Cristo, participa de esta obra: acompaña duelos, sostiene esperanzas, cura heridas, desata nudos interiores y anuncia con su vida que la muerte no tiene la última palabra. En un tiempo de desconfianza, la entrega diaria y silenciosa de tantos sacerdotes revela que la alegría más profunda nace de servir.

6. Una comunidad que ayuda a desatar y dejar andar

Jesús resucita a Lázaro, pero confía a la comunidad la tarea de desatarlo. Así es también la vocación sacerdotal: nace y crece en una Iglesia que ora, apoya, acompaña y crea un clima donde la llamada pueda escucharse.

El Día del Seminario nos recuerda que todos somos responsables de ayudar a quienes el Señor llama, para que puedan ponerse en camino para servir a Dios y a los demás como sacerdotes.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Al recitar el credo, proclamemos con gozo el misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Credo niceno-constantinopolitano

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los

pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, sobre todo en el tiempo de Cuaresma y en el tiempo de Pascua, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos confiadamente al Señor, nuestro Dios, que siempre vela con amor por su pueblo, y pidámosle que nos envíe pastores según su corazón.

Rx. Cristo, vida nuestra, escúchanos.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, para que sea signo de la vida nueva que Dios ofrece a todos. Oremos. Rx.

2. Por el papa León, por nuestro obispo N. y todos los sacerdotes, para que sean servidores fieles del Evangelio. Oremos. *R*̃.
3. Por quienes se preparan en nuestro seminario para ser sacerdotes, para que crezcan en libertad interior y en generosidad. Oremos. *R*̃.
4. Por los jóvenes de nuestra diócesis, para que escuchen la llamada del Señor sin miedo a dejar sus «redes» y seguirle. Oremos. *R*̃.
5. Por los que viven en la oscuridad, la enfermedad, el duelo o la desesperanza, para que experimenten la cercanía de Cristo que llora con ellos y los llama a la vida. Oremos. *R*̃.
6. Por nuestra comunidad (parroquial), para que sepa acompañar, sostener y promover nuevas vocaciones sacerdotales. Oremos. *R*̃.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

SEÑOR, que abres nuestros sepulcros,
Srecreas los corazones y llamas por su nombre
a quienes viven en tinieblas,
acoge nuestras súplicas en este día.
Aviva en nosotros tu Espíritu para que,
escuchando tu voz, caminemos en la vida nueva
que nos ofrece tu Hijo, resurrección y vida.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̃. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES Y A LA COLECTA

Un lector puede explicar el sentido de la colecta con la siguiente monición:

En cada eucaristía presentamos el pan y el vino y, con ellos, nuestra vida. Hoy presentamos también nuestra oración y nuestro apoyo al seminario, donde se forman quienes mañana serán pastores de nuestra Iglesia.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: «Antes de ser llevado a la muerte» (CLN, O 32) u otro apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede.

Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

D**IOS todopoderoso,**
concédenos que podamos contarnos siempre
entre los miembros de Cristo,
cuyo Cuerpo y Sangre hemos recibido.

Junta las manos.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**SEÑOR, bendice a tu pueblo,
que espera siempre el don de tu misericordia,
y concédele recibir de tu generosidad
lo que anhela su corazón.**

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

En el nombre del Señor, podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Solemnidad de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: «Como brotes de olivo» (CLN 528), «Reunidos en el nombre del Señor» (CLN A9), o cualquier otro canto propio de la solemnidad. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (cf. Lc 12, 42): «Este es el administrador fiel y prudente, a quien el Señor puso al frente de su servidumbre».

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Señor, que dirige nuestros corazones
para que amemos a Dios,
esté con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos hoy la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María, hombre justo, servidor fiel de la voluntad de Dios y custodio de los misterios de la salvación. En silencio,

con humildad y fortaleza, José acogió la misión de cuidar de Jesús y de María, confiando en el Señor, incluso cuando no entendía del todo sus caminos.

En este Día del Seminario, en el que pedimos al Señor que suscite pastores según su corazón, contemplamos a san José como patrón y protector de los seminarios y de los seminaristas. Pidamos su intercesión para que quienes se forman para el sacerdocio vivan con fidelidad, sencillez y disponibilidad la llamada recibida, y para que muchos jóvenes puedan escuchar y acoger la invitación del Señor: «Deja tus redes... y sígueme».

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

Tú, que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo, ten piedad.

R/. Cristo, ten piedad.

Tú, que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.

R/. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

*Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.
Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:*

DIOS todopoderoso,
que confiaste los primeros misterios de la salvación de
los hombres
a la fiel custodia de san José;
haz que, por su intercesión,
la Iglesia los conserve fielmente
y los lleve a plenitud en su misión salvadora.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Las lecturas son las del Propio de la solemnidad.

MONICIÓN A LAS LECTURAS

Un lector puede introducir las lecturas con la siguiente monición:

San José aparece en la Palabra de Dios como hombre obediente, silencioso y profundamente disponible a la voluntad divina. Su fe se manifiesta en las obras: en acoger, proteger, custodiar y acompañar.

En la primera lectura Dios promete un heredero a la casa de David; promesa que José, descendiente de David, ve cumplida en Jesús.

El Evangelio nos muestra su confianza: ante la voz del ángel no responde con palabras, sino con la obediencia del corazón.

Pidamos al Señor, por intercesión de san José, un corazón atento para escuchar su voz, y la fortaleza necesaria para cumplir con fidelidad la misión que nos confía.

CLAVES EXEGÉTICAS DE LAS LECTURAS

1. 2 Sam 7, 4-5. 12-14. 16 — *La promesa davídica y su cumplimiento en José*

El oráculo de Natán a David es uno de los textos fundacionales de la esperanza mesiánica. Dios promete construir una «casa» para David, no hecha de piedras, sino de descendencia: una línea estable que subsistirá más allá de la muerte del rey. La iniciativa es totalmente divina —los verbos están en primera persona—, subrayando que la historia de salvación no depende de la fuerza humana, sino de la fidelidad irrevocable de Dios.

En el Nuevo Testamento, esta promesa converge en José: es él quien transmite a Jesús la condición davídica, no por biología, sino por paternidad legal, que en la cultura semita es plenamente efectiva. José se convierte así en el punto donde la antigua promesa encuentra su cumplimiento histórico.

2. Sal 88 (89) — *La hesed de Dios como garantía de la alianza*

El salmo canta la *hesed*, la fidelidad amorosa que sostiene la alianza. Esta fidelidad se refleja en la figura de José: su vida silenciosa y constante es signo de la estabilidad con la que Dios mantiene su promesa a lo largo de la historia.

3. Rm 4, 13. 16-18. 22 — *José, heredero de la fe de Abrahán*

San Pablo define a Abrahán como el hombre que «creyó esperando contra toda esperanza». La expresión en griego indica una confianza que trasciende la lógica natural. La promesa se realiza no por la ley, sino por la justicia de la fe, es decir, la relación recta con Dios que se abre al cumplimiento de su palabra.

José aparece en los evangelios como un verdadero heredero de esta fe abrahámica. Al igual que el patriarca, recibe una promesa que supera lo humanamente posible —un hijo concebido por el Espíritu, una misión que no controla— y responde con la misma actitud interior: creer sin comprender, acoger sin ver, caminar sin garantías. Su paternidad es, ante todo, paternidad de fe.

4. Mt 1, 16. 18-21. 24a — *La justicia de José: obediencia en clave de discernimiento*

El relato de Mateo presenta a José como «justo». Este término no describe solo moralidad, sino sintonía profunda con la voluntad de Dios. Ante una situación desconcertante, José discierne: busca una salida que salvaguarde la dignidad de María y, al mismo tiempo, espera la luz de Dios.

La intervención del ángel transforma su interpretación de los hechos y lo introduce en el plano divino: María concibe «por obra del Espíritu Santo», y José deberá poner nombre al niño, acto jurídico que confirma su paternidad y sitúa a Jesús dentro de la línea de David.

José responde con una obediencia inmediata: «Hizo lo que el ángel del Señor le había mandado». Su obediencia no es automática, sino fruto de un discernimiento iluminado por la fe. Es la obediencia madura del discípulo que deja que Dios reescriba su proyecto.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

1. *José, el justo que escucha y obedece*

San José aparece hoy como el hombre en quien Dios cumple sus promesas. Allí donde la historia parecía estancada, José —humilde, silencioso, disponible— se convierte en el lugar donde la antigua promesa hecha a David encuentra finalmente su camino. Él no hace ruido, pero permite que Dios actúe. José no pronuncia palabras en el Evangelio; habla con su vida. Su silencio es obediencia confiada, su acción es entrega total. Es modelo de todo discípulo y especialmente de quienes se preparan al ministerio sacerdotal.

2. *El custodio: cuidar lo que Dios confía*

El salmo nos recuerda que la fidelidad de Dios sostiene el mundo, y José es un espejo de esa fidelidad: firme, constante, capaz de custodiar lo frágil sin imponer nada. Su vocación es custodiar a María y a Jesús. Su vida habla más que sus palabras. El sacerdote participa de esta misión de custodiar la fe del pueblo, de proteger la esperanza de los débiles, de acompañar con ternura.

3. *La vocación sacerdotal, entre misterio y servicio*

Como Abrahán, José cree sin garantías. En medio del desconcierto, se fía. Acepta un plan que lo supera y se deja guiar por Dios. Su paternidad nace de esta fe que se abre a lo imposible. José vive su misión sin protagonismos: su papel en la historia de la salvación no nace de él mismo, de sus planes y proyectos, sino de Dios, que cuenta con él. También el sacerdote está llamado a servir desde la humildad, poniendo su vida a disposición de Dios y su pueblo, no para ser servido, sino para servir.

4. *San José, maestro de disponibilidad para los seminaristas*

El Evangelio nos lo muestra discerniendo, escuchando y obedeciendo con un corazón limpio. José es justo no porque cumpla una norma, sino porque vive en sintonía con Dios. Cuando comprende

la voz del ángel, acoge a María, da nombre a Jesús y entra por completo en la misión que Dios le confía.

5. José, patrono de los seminarios

Y en este Día del Seminario, José se convierte en imagen de toda vocación sacerdotal: dejar lo previsto, acoger la sorpresa de Dios, confiar más en él que en las propias seguridades. José enseña a responder con valentía y ternura a la llamada del Señor. Que su ejemplo inspire a nuestros seminaristas, sostenga a nuestros sacerdotes y abra el corazón de muchos jóvenes para escuchar la voz que sigue diciendo hoy: «Deja tus redes... y sígueme».

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Proclamemos ahora nuestra fe en Dios uno y trino, el Dios que nos libera del pecado y nos salva.

Credo niceno-constantinopolitano

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está

sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, sobre todo en el tiempo de Cuaresma y en el tiempo de Pascua, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Unidos a san José, patrono de la Iglesia y protector de los seminarios, presentemos al Señor nuestras súplicas.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia universal y por el papa León, para que, siguiendo el ejemplo de San José, viva en fidelidad y humildad la misión encomendada. Oremos.

2. Por los sacerdotes, para que, como José, sean custodios fieles de los misterios de Dios. Oremos.

3. Por los seminaristas y formadores de nuestra diócesis, para que san José les obtenga fortaleza, alegría y perseverancia en su vocación. Oremos.

4. Por los jóvenes, para que descubran la belleza de seguir a Cristo y se abran a su llamada. Oremos.

5. Por las familias cristianas, para que, a ejemplo de la Sagrada Familia, vivan en amor, fe y unidad, de modo que sean fuente de nuevas vocaciones. Oremos.

6. Por los enfermos y los que sufren, para que encuentren consuelo en Cristo y en la compañía de la comunidad. Oremos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

SEÑOR, que llamaste a san José
para ser custodio de Jesús y María,
acoge nuestras súplicas y haz fecunda la vida de tus ministros
y de quienes se preparan para el sacerdocio.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

MONICIÓN A LA PRESENTACIÓN DE LOS DONES Y A LA COLECTA

Un lector puede explicar el sentido de la colecta con la siguiente monición:

En cada eucaristía presentamos el pan y el vino y, con ellos, nuestra vida. Hoy presentamos también nuestra oración y nuestro apoyo al seminario, donde se forman quienes mañana serán pastores de nuestra Iglesia.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: «Yo soy el pan de vida» (CLN 430) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede.

Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**SEÑOR, protege sin cesar a esta familia tuya,
que ha celebrado con gozo la festividad de san José
participando en la eucaristía;
y conserva en ella los dones
que con tanta bondad le concedes.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy esta solemnidad de san José,
os otorgue sus bendiciones eternas.**

Rx. Amén.

**Que por intercesión de san José os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de su vida,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.**

Rx. Amén.

**Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̃. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Glorificad al Señor con vuestra vida.

Podéis ir en paz.

R̃. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española